Versión corta

Entre Séneca y el Apocalipsis: la poesía de Dionisio Cañas

Vivir en Nueva York es un constante caminar entre estratos; ser testigo, a un mismo tiempo, de diferentes momentos históricos; estar, contemporáneamente, en varios planos. No hay agradables transiciones. De un barrio a otro hay una calle; de un mundo a otro, una puerta. Presenciar el fin del Milenio en Nueva York y asumirlo como materia de la escritura, es lo que Dionisio Cañas hace espectacularmente en El fin de las razas felices (Madrid: Hiperión, 1987), lúcido libro-poema, donde las imágenes se sobreponen con la violencia de la urbe posindustrial y la audacia de la posmodernidad. Sin embargo, Dionisio Cañas -que nace en 1949 en Tomelloso y vive desde 1973 en Nueva York-, no es sólo un poeta apocalíptico. Su último poemario En lugar del amor (Diputación de Ciudad Real: Biblioteca de Autores y Temas Manchegos, 1990) se inscribe dentro de la tradición clásica e incluye poemas violentamente humanos donde, en el espacio de La Mancha, el poeta expresa su solidaridad y compenetración con el mundo.

Parte de la producción literaria de Dionisio Cañas se inscribe en la tradición de los poetas malditos: seres privilegiados que presencian la catastrofe y dan cuenta de ella. Pero en El fin de las razas felices no per-

cibimos una pasajera temporada en el infierno, sino que, al filo del Milenio y en el marco de Nueva York, el poeta despliega su visión apocalíptica del final de una era.

Cañas se halla en la tradición de otro autor que se trasladó a la gran urbe y la conoció de cerca: Federico García Lorca. Sin embargo, mientras el Poeta en Nueva York es producto de una corta estadía, El fin de las razas felices es la profunda y larga destilación de quince años de vivencias en la ciudad. La urbe posindustrial es escenario de ambos poemarios: sus calles, avenidas, parques y ríos se cargan de contenidos mítico-simbólicos y coadyuvan a representar la violencia de la vida contemporánea. En ambos libros aparece la mezcla heterogénea de razas que caracteriza el tejido humano neoyorkino, y ambos coinciden en el valor que se le confiere a los grupos marginados: negros, en el caso lorquiano, y negros y caribeños, en el de Cañas. Además, los dos poetas introducen en sus textos la figura de Walt Whitman: Lorca dedica su famosa Oda, y Cañas lo convierte en un virgilio, a cuya mano la voz poética atraviesa "el río oscuro" y ve "el fuego que brotaba de las islas" (pág. 48).

Frente al fragmentarismo de Poeta en Nueva York, los poemas de El fin de las razas felices representan micro-

elementos de una totalidad y el libro funciona como un conjunto orgánico donde imágenes, personajes y lenguaje generan un mensaje unitario.

Cañas estructura su texto en tres unidades: I. Ofrenda, II. Pelea, III. Apocalipsis; y las enmarca en un poema inicial -que establece el tono general del texto-, y una Canción y Epitafio finales. El poeta se apropia de todos elementos culturales a su alcance, desde la tradición medieval de los Comentarios al Apocalipsis y los elementos iconográficos de pintores norteamericanos de este siglo, hasta la estética contemporánea del video. El poemario se inscribe cabalmente en la hiperestética de la posmodernidad. No son un problema la originalidad ni el estilo propio, sino que el productor del texto tiene licencia para incautarse de elementos culturales preexistentes sin que merme por ello el valor de su obra.

En la sección tercera se revela la impresionante riqueza del lenguaje poético del autor. En ella se representa un apocalipsis de corte urbano, cuyo escenario primordial es Manhattan. La mítica isla se introduce a través de repeticiones y paralelismos que imparten al texto el tono iniciático de las letanías:

> Tumbas toda la tarde
> cayeron tumbas nevaron tumbas

sobre Manhattan tumbas
sobre tu cuerpo tumbas
Sombra sembrada por las calles
Olor a lodo olor a orina
olor a sangre y sombra (pág. 36)

Al igual que el texto bíblico, el Apocalipsis de Cañas está construido sobre una serie de señales de profundo contenido simbólico. El poeta utiliza toda la imaginería apocalíptica: león, águila, toro y cordero (o carnero) -representantes de los cuatro evangelistas-, lluvia de estrellas, sol negro, plaga de langostas y dragón de siete cabezas. Sin embargo, estos elementos de origen bíblico no se hallan enmarcados en el espacio transtemporal del texto sacro, sino en un espacio histórico de Nueva York.

Las langostas tienen por rey
a un ángel del abismo
y contra nosotros han enviado
cuatro caballos cabalgados
por jinetes de corazón de acero
y van vestidos de cuero negro
de los pies a la cabeza (pág.42)

El texto se construye fundamentalmente sobre los Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana. De éstos se toma el tono, y también los elementos mítico-religiosos. Sin embargo, estos elementos se transforman en la pluma del poeta:

> Tocó un ángel la guitarra eléctrica
> y hubo granizo y fuego mezclado con sangre
> y quedó abrasada gran parte de la ciudad (p.40)
> --------
>
> Hermoso como un ángel
> un motorista descendió envuelto en una nube
> llevaba sobre su cabeza un arco iris
> de luces de neón (pág.42)

Cañas también aprovecha la visión bíblica de la lucha cósmica entre las fuerzas del bien y del mal, la mujer "vestida de sol [con] la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas" tanto en el Apocalipsis de San Juan (XII, 1), como en una de las más bellas miniaturas de los Comentarios del Beato. Pero, mientras en los textos canónicos la mujer representa la Iglesia y la Inmaculada Concepción, en el nuevo Apocalipsis aparece saturada de connotaciones eróticas: "Los labios los llevaba pintados / de un rojo tan rojo como el fuego y la sangre / en el cuello un pañuelo de seda verde / su vestido bordado de aves tropicales" (pág.43). La mujer escapa en, en ambos Apocalipsis, a la persecución del dragón, pero la escena de la escapatoria está marcada en el texto de Cañas por la contemporaneidad:

> Un policía se acercó con sus siete alas
> la miró desde sus gafas de sol
> la besó con sus siete bocas

> la acarició con sus siete manos
> la esposó con esposas de oro
> y una noche más larga que siete noches
> la pasaron juntos en el desierto
> sin que nadie supiera que aquel ángel
> se llamaba Gabriel (pág. 44).

El arcángel Miguel, que en el Apocalipsis de San Juan y en los Comentarios del Beato defiende a la Mujer, se convierte en El fin de las razas en Gabriel, ángel de la anunciación, resurrección, piedad, venganza, muerte y revelación, una figura altamente ambigua que confiere al texto una nueva dimensión.

En El fin de las razas felices no hay lugar para la inocencia: la era en que las razas eran felices ha llegado a su fin y, tras la inversión cosmogónica se halla, en el Epitafio, la aniquilación por la entropía:

> Detrás de cada poema amenaza una tachadura
> un silencio amenaza detrás de cada poeta
> Un largo olvido detrás de cada amor
> Detrás de cada día una luna preñada de temores
> un sol cargado de castigos detrás de cada noche
> Una violación un crimen detrás de la inocencia.

Tampoco hay inocencia en En lugar del amor, poemario también estructurado en tres secciones, y escrito en el eje complementario y antitético de la gran urbe y los campos de La Mancha. En sus primeras dos partes "Lugar" y "Amor", la voz poética reflexiona sobre la naturaleza del

yo, ese lugar vacío "que ya no habita nadie" (pág. 17) y sobre la vida "esa antigua imaginación que cada día con fervor o miedo hacemos" (pág. 19). En estas dos unidades (que habían sido publicadas en México y Tenerife bajo los títulos de Lugar, río Hudson y Los secuestrados días del amor), el poeta nos sitúa en un escenario marcado por las miradas anónimas de los otros y los edificios de la ciudad:

> Así
> el acantilado de los edificios se levanta
> desde las calles de Manhattan
> Cada uno adueñándose de su luz (pág. 21)

La muerte, el miedo y el amor se trenzan en estos poemas

> Y así adorándolo y temiendo
> su despedida yo también lo he amado
> a él
> al miedo que reflejado
> en el espejo es más poderoso
> que el amor mismo (pág. 73)

para resolverse en la sobriedad y mesura de la tercera y sección del libro: "Rural". Cinco deslumbrantes poemas conforman esta sección: "Rural", "La flor de la alfalfa", "Septiembre, cuando llegue la vendimia", "Bajo la higuera" y "La noche de Séneca". En ellos, Dionisio Cañas demuestra su impresionante capacidad de transformar la

realidad más cotidiana en experiencias límites. Las cuevas para guardar el vino hacen de Tomelloso un "pueblo trapecista que se sostiene entre un ciego cegador y el vacío de las cuevas" (pág. 94) y, en el mismo poema, la vieja higuera del patio se convierte en una hermana verde bajo la cual "alguna vez he llorado ... porque he visto en su soledad la nuestra y en las arrugas de su retorcido tronco los tatuajes del tiempo".

En esta sección de En lugar del amor el miedo y la soledad de la urbe dan paso a una sosegada aceptación del tiempo y del mundo fundada en la solidaridad:

> Con pocas cosas vive dichoso el hombre,
> me dijiste cuando subíamos al coche;
> yo también fui feliz una tarde de verano
> a la hora cuando el sol era un incendio blanco
> y las pequeñas flores de la alfalfa
> brillaban invitándonos a celebrar la vida.
>
> Nunca andará solo el hombre que con otros
> ha compartido un instante feliz
> porque las calles le recordarán un nombre
> aunque vea su amor escrito con el humo,
> o le espere la muerte en cualquier bar.
> (pág. 89)

Dionisio Cañas se presenta así como un poeta total y permeable, capaz de abarcar todos los matices de la experiencia humana y comunicarlos. En El fin de las razas felices nos ofrece, en el marco de Manhattan, una visión apocalíptica del mundo contemporáneo. En En lugar del

amor se sitúa en la tradición clásica y reflexiona sobre problemas humanos de siempre. Esta deslumbrante colección poética cierra con un sabio consejo que un apócrifo Séneca da a un apócrifo Lucilio y todos los lectores podemos recoger:

> Lucilio, amigo mío, a ti te dejo el azul del cielo,
> el huerto y las rosas que plantamos juntos.
> Recuerda que todo cuanto el día perdió
> más claro y duradero lo traerá la noche.

Marithelma Costa, Hunter College
of the City University of New York